



LIBRO DECIMOCUARTO.

I.

Todo se hizo fácil para el gobierno desde el día 16 de Abril, pues los facciosos y los ambiciosos conspiradores habian quedado convencidos de su impotencia, y el golpe de mano dispuesto para dar la dictadura á los clubs y para perpetuar y depravar el gobierno revolucionario habia quedado sin efecto. Los partidos no se resignaron, pero temieron, y ganaron en acritud lo que habian perdido en esperanza. Los clubs se convirtieron en conspiradores, y los periódicos envenenaron las discusiones del gobierno, que fueron pocas, pero fuertes. Un motin de obreros, inspirado por los facciosos desesperados de Paris, intentó en Rouen lo que habia fracasado en la capital, pero enérgicamente reprimido por la guardia nacional y por la tropa, tanto aquel suceso como las medidas que se tomaron para evitar sus consecuencias, fueron objeto de violentas recriminaciones. Monsieur Arago de-

fenó con valor é indignacion á los generales inculcados por las peticiones demagógicas.

Pero la hora de la asamblea nacional se acercaba. La mayoría del gobierno, contemporizó, y Lamartine, fijando esclusivamente la vista en el día de las elecciones, dió treguas desde aquel momento á todas las disensiones de pormenores, y aun de principios, que podian surgir entre la mayoría y minoria del gobierno, temiendo toda ruptura violenta que comprometiese el único objeto verdadero de sus esfuerzos y de los de la mayoría; á saber: la reunion de una asamblea nacional sin guerra civil.—“He procurado ser, decia, la resistencia de la verdadera democracia contra la odiosa demagogia en el gobierno: ahora quisiera ser el acnie que facilitase el roce entre todas las opiniones, para prevenir los choques que pueden trastornar nuestra union.”

Habiéndose incomodado un dia el ministro del interior con uno de sus colegas, y retirándose con ánimo de presentar su dimision, Lamartine, que se hallaba ausente, se ofreció como mediador en cuanto lo supo: fué á ver al ministro, le representó vivamente, en interes del gobierno y del país, el peligro de una escision, que daría paso á la anarquía, y apaciguó los ánimos de los contendientes.

II.

Se aproximaban las elecciones: el gobierno habia deliberado largo tiempo sobre si se presentaria ante la asamblea nacional con un plan de constitucion preparado, ó si se contentaria

con abdicar entre sus manos, absteniéndose de toda iniciativa que pudiera parecerse á una dictadura continuada ó á una usurpacion de la soberanía nacional. Dupont de l' Eure, hombre previsor y experimentado, no cesaba de aconsejar á Lamartine para que se ocupase de aquel plan de constitucion, idea en que el último convenia, pues pensaba que los debates de una constitucion serian demasiado largos y tumultuosos para una asamblea; que perderia esta un tiempo que le haria falta para proveer remedio á los peligros y exigencias multiplicadas de la inauguracion del gobierno democrático, que una constitucion; esto es, los dos ó tres; principios de un gobierno debian escribirse en pocas líneas, como el resumen en piedra de una revolucion ó de una civilizacion; y por último, que las leyes orgánicas de esta constitucion debian tambien ser flexibles, sucesivas, propias para sufrir modificaciones, y escribirse despacio, segun la urgencia y el tiempo, sin imprimirles un carácter de inmutabilidad como el de la constitucion.

En consecuencia de esto, habia redactado en cinco ó seis axiomas el testo de una constitucion, y deseaba que pudiese ser votado por aclamacion en dos ó tres sesiones, y que el gobierno emanase inmediatamente de la constitucion votada.

Lamartine estaba convencido de que la unidad del poder ejecutivo, constituido en una presidencia, en un director ó en un consejo, era la forma definitiva que la república adoptaría despues de su periodo de creacion. Mas en cuanto al primer periodo, destinado á acostum-

brar al pais á la forma republicana, y á unir estrechamente por un solo interes de concurso y de confianza las principales fuerzas de la opinion, se inclinaba á admitir durante dos ó tres años un poder ejecutivo trino, en el cual, tres hombres elegidos por la asamblea nacional, representarían los tres elementos de que se compone toda opinion; á saber: el impulso, la resistencia y la moderacion. Combinándose estas tres fuerzas en un consulado de tres años, y correspondiendo cada una de ellas á uno de los tres partidos de la nacion; el impulsivo, el destinado á contener y el moderador, le parecian sin duda una causa posible de dificultades y de languidez en el poder ejecutivo; pero lo que mas temia para la república en su origen, era la guerra civil. La dictadura mista, al paso que daba seguridad y prendas á las diversas opiniones, era de tal naturaleza, que podia evitar dicha guerra. Se ocupó, pues, de este pensamiento; conferenció acerca de él con algunos de sus colegas; se propuso sondear las disposiciones de los miembros de la asamblea nacional cuando llegasen á Paris, y decidió resolverse por el partido que le pareciese mas generalmente adoptado en la mayoría de los ánimos. Tambien tuvo otra conferencia con individuos de diferentes opiniones, en la cual procuraron entenderse; pero se aplazó la cuestion sin resolverse cosa alguna. Todo dependia de elementos desconocidos, pues jugaban en el suceso el espíritu, las disposiciones, las mayorías y las minorías entre los miembros de la asamblea nacional.

En cuanto á presentar un plan de constitucion, se renunció completamente á la idea en las últimas sesiones que precedieron al 27 de Abril. Los tres partidos que se hicieron reciprocamente la oposicion en el seno del gobierno estaban demasiado divididos, y algunas veces demasiado irritados para entenderse sobre un proyecto comun de instituciones. El partido socialista, el convencional y el republicano constitucional, no podian crear un mismo pensamiento: lo conocieron así, lo confesaron, y remitieron á la asamblea el cuidado de arreglar todas las diferencias. Los dos últimos partidos podian entenderse, salvo algunas pequeñas dificultades; pero el primero era incompatible con la asamblea nacional, porque ésta iba á proceder del pais, del tiempo y de las tradiciones. El partido socialista dimanaba de una teoria absoluta, y una teoria absoluta siempre es violenta. La violencia no puede consituir mas que la tiranía.

III.

En fin, la aurora de salvacion brilló para la Francia con el dia de las elecciones generales, que fué el de Pascuas, 27 de Abril, época de solemnidad piadosa escogida por el gobierno provisional, á fin de que los trabajos del pueblo no distrajesen á éste ni le diesen pretexto para sustraerse al cumplimiento de un deber patriótico, y á fin asimismo de que el pensamiento religioso que ocupa al espíritu humano en esos dias consagrados á la conmemoracion de un gran culto, penetrase en el sentimiento público y diese á la libertad la santidad de una religion.

Aquel era el problema mas atrevido que podia presentarse á una nacion en los tiempos modernos, pero esta prueba lo resolvió para gloria y salvacion de la patria.

Al salir el sol, las poblaciones reogidas é inspiradas por el patriotismo, se formaron en columnas á la salida de los templos, bajo la direccion de los alcaldes, de los curas, de los instructores, de los jueces de paz y de los ciudadanos influyentes, encaminándose por aldeas y vallados á las cabezas de distrito, á fin de depositar en las urnas, sin otro impulso que el de su conciencia, sin violencia ni temor, los nombres de los hombres, cuya probidad, luces, virtud, talento, y sobre todo, moderacion, les inspiraban mayor confianza para la salvacion general y para el porvenir de la república.

Lo mismo sucedió en las ciudades. Se veia á los ciudadanos ricos ó pobres, soldados ó trabajadores, propietarios ó proletarios, salir uno á uno de sus respectivas casas, con la meditacion y la serenidad retratadas en el semblante, y llevar al escrutinio sus sufragios escritos, detenerse algunas veces para modificarlos bajo una nueva inspiracion ó por un arrepentimiento de su conciencia, depositarlos en las urnas, y volver con la satisfaccion de haber cumplido escrupulosamente con uno de sus mas importantes deberes. Nunca se revelaron la conciencia pública y la razon general con mas escrupulo, con mas religion y con mas dignidad. Fué uno de esos dias en que una nacion fija sus ojos en el cielo, y en que el cielo concede amparo á una nacion. El gobierno descansó aquel dia

despues de tres meses, pues conoció que Dios y el pueblo trabajaban por él.

IV.

Las iglesias estaban llenas de una multitud arrodillada, que invocaba la inspiracion divina y el espiritu de paz para los electores. La calma con que se seguian las operaciones electorales era un presentimiento de que la obra corresponderia al deseo del pueblo, porque la anarquía no podia ser producto de aquella unanime inspiracion hácia el bien.

Al caer el día pasaba solo Lamartine y con el corazon henchido de reconocimiento por uno de los mas poblados barrios de París. Vió á la multitud bajar y subir las escaleras de una iglesia: el templo no podia contener tantos adoradores, hombres, mugeres, niños, ancianos, jóvenes, contemplando el porvenir en actitud piadosa y con las frentes serenas. Los sonidos del órgano se esparcian y llegaban hasta la calle al abrirse las puertas para dejar paso al pueblo y á los ecos de los salmos.

Lamartine entró, deslizándose por la oscuridad entre la muchedumbre que llenaba la iglesia, se arrodilló á la sombra de una columna, y dió gracias á Dios porque su obra estaba ya concluida. Grandes peligros personales podian amenazarle aun antes del día en que la asamblea nacional se reuniese en París y tomase posesion de su soberanía. En pié se hallaban todavía resistencias desesperadas, esperanzas culpables, complots para nuevos motines y para

golpes de estado dispuestos por la demagogia de los clubs, y amenazas, de persecucion y de muerte contra él y contra sus colegas. Muchos hombres eminentes, incrédulos hasta la última hora, le escribían diciendo que no se estableceria la representacion nacional sin reconquistar á París y sin derramar torrentes de sangre: todos los días recibia de los departamentos avisos siniestros sobre tramas verdaderas ó imaginarias urdidas contra su vida, y se le hablaba de partidos fanáticos de tal ó cual ciudad, á quienes se suponía decididos á darle de puñaladas, y á hacer proclamar sobre su cadáver el gobierno revolucionario.—“Puedo sucumbir, en efecto, decía él sondeando íntimamente la fe de su corazon; pero á estas horas no puede sucumbir la Francia, porque la eleccion está en las urnas, y saldrá mañana. Su soberanía existe, pues están ya nombrados legalmente sus representantes: si el gobierno se ve derribado por un complot, los elegidos de la Francia se reunirán en cada departamento; llegarán á las puertas de París escoltados por dos millones de ciudadanos armados, y subyugarán á los dictadores y á los comités de salvacion pública, arrebatando la Francia á los facciosos. ¿Qué importa que yo muera, si la Francia se salva para siempre?”

La Francia podia efectivamente respirar en lo sucesivo, pues la asamblea nacional era, por casi todos los nombres que la componían, un acto de salvacion pública. El nombre de Lamartine habia salido diez veces de la urna electoral, sin que él tuviese conocimiento de ninguna de sus candidaturas. Si hubiese pronunciado una palabra, insinuado un deseo, hecho un gesto,

hubiera sido nombrado por ochenta departamentos, porque su popularidad no conocía límites en París y en la Francia entera, extendiéndose por Alemania, Italia y América. Para la Francia era una garantía contra el terror, para la Italia una esperanza, y para la América la república. Poseía verdaderamente en aquel momento la soberanía de la conciencia europea, y no podía dar un paso por la calle sin escitar vivas aclamaciones, que le seguían hasta su morada é interrumpían su sueño. Reconocido por dos veces en el fondo de un palco del teatro de la Opera, los espectadores se levantaron, suspendieron la representación, y ensalzaron su nombre, aplaudiéndole estrepitosamente por espacio de cinco minutos. La Francia personificaba en él su gozo por haber encontrado un gobierno.

V.

El país había elegido con reflexión, con imparcialidad y sabiduría todos los hombres de bien, cuyas opiniones liberales, republicanas, probas moderadas y resueltas podían adaptarse sin impaciencia, como sin repugnancia, al nuevo orden de cosas que exigía la revolución: la Francia había poseído el genio de la transición, el tacto soberano de las circunstancias, pues solo había eliminado los nombres demasiado señalados en el favor ó en las faltas del último gobierno. No los había proscripto, sino prorogado, porque temía los resentimientos y las recriminaciones. Aquella asamblea de novecientos

miembros era la honradez y el patriotismo de la Francia, reasumidos en su soberanía. La historia debe grabar en una página de mármol que llegue á la posteridad los nombres de los ciudadanos que la componían, á escepcion de un corto número de demagogos plagiarios que se acordaron de 1793, y de cinco ó seis fanáticos. Dichos nombres reunidos significaban la salvación de la Francia y la fundación de la república constitucional.

La asamblea nacional se abrió el 4 de Mayo, y nunca instaló la soberanía de un gran pueblo una solemnidad mas magestuosa por su sencillez. La guardia nacional, el pueblo, algunas brillantes comisiones del ejército llamadas á París para que asistiesen á la instalación de la soberanía, estaban en pié desde muy temprano. El gobierno, reunido en el ministerio de la justicia, se encaminó á pié por los bulevares, en medio de un bosque de cien mil cabezas y precedido del general de la guardia nacional, y de su estado mayor, que abría paso entre la multitud á los dictadores que iban á abdicar. Las ventanas y los tejados de los barrios que atravesaba la comitiva estaban llenos de espectadores, que lanzaban al aire frenéticos gritos y aclamaciones. Jamás gobierno alguno, al hacer su entrada pública en una capital, precedido por la esperanza entusiasta de todo un pueblo, oyó resonar en torno suyo tantos aplausos como aquel gobierno, que iba á espirar dentro de una hora, obtuvo en sus últimos momentos. Se olvidaban sus debilidades, sus faltas, su insuficiencia y su ilegitimidad; se recordaban sus esfuerzos y su desinterés: sus miembros no brillaban; eran sim-

ples ciudadanos humildemente vestidos, que habian poseído la autoridad, pero no el lujo del poder. Allí iban Dupont de l'Eure, Lamartine, Luis Blanc, Arago, á quien acompañaba el noble respeto de la ciencia y la política; Garnier-Pagés, hombre de probidad y sencillez antiguas; Cremieux, Marie, Marrast, nombres respetables por sus servicios, Flocon, Ledru-Rollin y Albert, nombres mas queridos de los republicanos de antigua fecha, que inspiraban mayores recuerdos ó esperanzas; Carnot y Bethmon, que, aunque simples ministros, habian tenido participacion en los trabajos, peligros y responsabilidad del gobierno. Cada nombre recibia su parte de reconocimiento ó de estimacion. Iban á abdicar, y como ya no eran temibles, se les aclamaba.

VI.

Introducido el gobierno en el salon, los novecientos representantes le recibieron en pié, y un inmenso grito de *viva la república!* reveló á la Francia que el gobierno votado provisionalmente el 25 de Febrero por el presentimiento de Paris quedaba adoptado y ratificado por la reflexion del pais de un modo indudable y unánime.

El presidente del gobierno provisional, Dupont de l'Eure, sube á la tribuna y es acogido con el respeto que merecen sus largos servicios á la patria. Se ve en él á uno de esos ancianos que legan instituciones á la familia humana, y cuya vida parece haber prolongado la Providencia para que sirva de transicion á dos épocas.

—“Ciudadanos, dijo con acento grave y enérgico: el gobierno provisional de la república viene á inclinarse ante la nacion y á rendir su homenaje al poder soberano, de que os hallais únicamente investidos. Ha llegado por fin el momento de que el gobierno deposite en vuestras manos el poder ilimitado con que la revolucion le habia revestido. Vosotros sabéis si esta dictadura ha sido para nosotros otra cosa que un poder moral ejercido en medio de circunstancias dificiles que la nacion acaba de atravesar. ¡Viva la república!”

Este grito, que acababan de pronunciar los labios del anciano, resonó de eco en eco repetido por trescientas mil voces hasta la plaza de la Concordia, y el cañon de los Inválidos lo saludó con sus salvas. Dupont de l'Eure, al bajar de la tribuna, cayó en los brazos de Beranger, precursor sabio y paciente, como su amigo, de la era republicana, Tirteo de la gloria de vuestras armas en su juventud, representante del pueblo, y moderador de su pais en la vejez.

La asamblea invirtió tres dias en el reconocimiento de los poderes, y eligió por presidente á Mr. Buchez, en recompensa de los servicios que habia prestado, así como de su valor, por espacio de tres meses en la administracion del Hotel de Ville.

El dia 7 subió Lamartine á la tribuna en lugar y en nombre del presidente del gobierno provisional, y dió cuenta en estos términos de los actos de la revolucion:

—“Ciudadanos representantes del pueblo: en el momento en que comenzais el ejercicio de vuestra soberania; en el momento en que os en-

tregamos los poderes de urgencia que la revolucion nos confió provisionalmente, os debemos dar cuenta de la situacion en que hemos encontrado y de la en que vosotros encontrais la patria.

“El 24 de Febrero estalló una revolucion; el pueblo derribó el trono, y juró sobre sus escombros reinar solo en lo sucesivo y completamente por si mismo, encargándonos provisionalmente el cuidado de hacer frente á los peligros y á las necesidades del interregno que tenia que atravesar para llegar en orden y sin anarquía á su régimen unánime y definitivo. Nuestro primer pensamiento fué abreviar este interregno convocando al punto la representacion nacional, en la cual residen únicamente el derecho y la fuerza. Simples ciudadanos, sin mas llamamiento que el del peligro público, sin mas títulos que nuestra adhesion, temblando aceptar, obligados á restituir el depósito de los destinos de la patria, solo hemos tenido una ambicion, la de abdicar la dictadura en el seno de la soberania del pueblo.

“Abolido el trono, derribada la dinastia por si misma, no proclamamos la república, la proclamó todo un pueblo, y nosotros no hicimos mas que escribir el grito de la nacion.

“Nuestro primer pensamiento, como la primera necesidad del pais, despues de proclamada la república, fué el restablecimiento del orden y de la seguridad en Paris. En esta obra, que hubiera sido mas difícil y mas meritoria en otra época y en otro pais, nos ayudó el concurso de los ciudadanos. Mientras empuñaba todavia con una mano el fusil con que acababa de aniquilar la autoridad real, ese pueblo magnánimo levantaba con la otra á los vencidos y heridos del par-

tido contrario, protegía la vida y la propiedad de los habitantes, y preservaba los monumentos públicos. Cada ciudadano de Paris era á la vez soldado de la libertad y magistrado voluntario del orden. La historia ha registrado ya los innumerables actos de heroismo, de probidad, de desinterés, que caracterizaron las primeras jornadas de la república. Hasta el presente se habia adulado algunas veces al pueblo, hablándole de sus virtudes; pero la posteridad, que no lisonjea, no tendrá espresiones que encarezcan suficientemente la dignidad del pueblo de Paris en aquella crisis.

“Ese pueblo nos inspiró el primer decreto destinado á dar su verdadera significacion á la victoria, el decreto de abolicion de la pena de muerte por materias políticas: lo inspiró, lo adoptó, y lo firmó con una aclamacion de doscientas mil voces en la plaza y en el muelle del Hotel de Ville; ningun grito de cólera protestó contra él. La Francia y la Europa comprendieron que Dios tambien inspira á la multitud, y que una revolucion inaugurada por un rasgo de grandeza de alma, seria pura como una idea, magnánima como un sentimiento y santa como una virtud.

“La bandera roja, presentada por un momento, no como un símbolo de amenazas ó de desorden, sino como una enseña de victoria, fué desechada por los mismos combatientes para cubrir á la república con esa otra bandera tricolor que dió sombra á su cuna y llevó la gloria de nuestras armas á todos los continentes y á todos los mares.

“Después de haber establecido la autoridad del gobierno en París, era preciso que fuese reconocida la república en los departamentos, en las colonias, en la Argelia y en el ejército: para ello bastaron los correos y las noticias telegráficas, porque la Francia, las colonias y el ejército reconocieron su propio pensamiento en el pensamiento de la república. Ni una mano, ni una voz se movieron en el país para oponerse á la instalacion del nuevo gobierno.

“Nuestro segundo pensamiento se dirigió al exterior. Indecisa la Europa, esperaba que Francia pronunciasse la primera palabra, y esta palabra fué la abolicion, de hecho y de derecho, de los tratados reaccionarios de 1815, la libertad devuelta á nuestra política exterior, la declaracion de paz á las naciones, de simpatías á los pueblos, de justicia, de lealtad y de moderacion á los gobiernos. La Francia, en aquel manifiesto, se desarmó de su ambicion, pero no de sus ideas; dejó que brillase su principio, y esta fué su declaracion de guerra. El informe particular del ministro de negocios estrangeros os enterará de lo que ha producido este sistema de franca y clara diplomacia, y de lo que debe producir de legítimo y de grande para las influencias de la Francia.

“Esta política exigía al ministro de la guerra medidas en consonancia del sistema de negociacion armada: restableció, pues, la disciplina, apenas relajada, y llamó honrosamente á París al ejército, alejado por un momento de nuestros muros, para que el pueblo pudiese armarse por sí mismo: el pueblo, invencible desde entonces, no tardó en pedir á gritos la vuelta de sus her-

manos del ejército, no solo como una seguridad, sino como un brillante adorno de la capital. El ejército no es ya en París mas que una guarnicion distinguida, que prueba á nuestros valientes soldados que la patria pertenece á todos sus hijos.

“Tambien decretamos la formacion de cuatro ejércitos de observacion; el de los Alpes, el del Rhin, el del Norte y el de los Pirineos.

“Nuestra marina, confiada al mismo ministro, como el segundo ejército de la Francia, se reunió á las órdenes de sus gefes, bajo una disciplina que exigía el sentimiento de su vigilancia, y la escuadra de Tolon fué á mostrar nuestros colores á los pueblos amigos de la Francia en el litoral del Mediterráneo.

“El ejército de Argel no tuvo una hora ni un instante de duda, porque la república y la patria se confundieron á sus ojos en el sentimiento de un mismo deber. Un gefe, cuyo nombre republicano, cuyas ideas y talento eran prendas seguras para el ejército y para la revolucion, el general Cavaignac, obtuvo el mando de la Argelia.

“La corrupcion que se habia infiltrado en las instituciones mas santas, obligó al ministro de la justicia á disponer depuraciones exigidas por el voto público: era preciso separar inmediatamente la justicia de la política, y el ministro llevó á efecto con dolor, pero con inflexibilidad, esta obra.

“Al proclamar la república no habia entendido la Francia que se daba únicamente una forma de gobierno; habia proclamado un principio y este principio era la democracia práctica, la igualdad de derechos y la fraternidad por medio de las instituciones: la revolucion, llevada á ca-

bo por el pueblo, debía organizarse, según nuestra opinión, en provecho del pueblo, por una serie de instituciones fraternales y tutelares, propias á todas las condiciones de dignidad individual, de instrucción, de talento, de salario, de moralidad, de elementos de trabajo, de bienestar, de ayuda, de propiedad, que suprimiesen el nombre servil de proletario y que elevasen al trabajador á la altura del derecho y del deber, alzando y enriqueciendo á unos, sin rebajar ni degradar á otros, conservando la propiedad y haciéndola mas fecunda y sagrada, por lo mismo que se multiplicaría una vez colocada entre las manos del mayor número. También debían distribuirse los impuestos, de modo que la carga mas pesada recayese sobre el mas fuerte, animando y socorriendo al débil; crearse por el estado el trabajo que accidentalmente faltaria por haberse retirado los capitales, á fin de que no hubiese un solo trabajador en Francia á quien pudiesen faltar el pan y el salario, y estudiarse, por último, con los mismos obreros el fenómeno práctico y verdadero de la asociación y las teorías todavía problemáticas de los sistemas, para buscar concienzudamente en ellas las aplicaciones convenientes, y consignar sus errores. Tal fué el pensamiento del gobierno provisional en todos los decretos, cuya ejecución y antecedentes confió al ministro de hacienda, al de obras públicas y á la comisión de Luxemburgo, laboratorio de ideas, congreso preparatorio y estadístico del trabajo y de las industrias, ilustrado por hombres estudiosos é inteligentes en todas las profesiones, y presidido por dos miembros del gobierno.

“La caída repentina de la monarquía, el desorden de la hacienda, la inactividad momentánea de una masa inmensa de trabajadores manufactureros, los sacudimientos de aquella masa de brazos desocupados podia ocasionar á la sociedad si su razon, su paciencia y su resignación práctica no hubiesen sido el milagro de la virtud del pueblo y la admiración del mundo; la deuda exigible de cerca de mil millones que el gobierno caído habia acumulado sobre los dos primeros meses de la república; la crisis de las industrias y del comercio, universal en el continente y en Inglaterra, coincidiendo con la crisis política de París; la enorme acumulación de acciones de caminos de hierro, ó de otros valores ficticios, detenidos en manos de los portadores y de los banqueros por el pánico que habia sobrecogido á los capitalistas; en fin, la imaginación del país, que siempre va mas allá de lo justo en épocas de trastornos políticos y de terror social; todas estas causas habian agotado los recursos para el trabajo, hecho desaparecer el numerario y suspendido el trabajo libre y voluntario, único suficiente para treinta y cinco millones de hombres. Era preciso suplirlo provisionalmente ó faltar á todos los principios, á todas las necesidades de la república. El ministro de hacienda os dirá cómo se cubrieron estas brechas abiertas en el trabajo y en el crédito, aguardando el momento, al fin llegado, en que la confianza devuelta á los ánimos, pondrá los capitales en manos de los manufactureros y proporcionará jornales á los obreros, y en que vuestra sabiduría y vuestro poder nacional se hallarán á la altura de todas las dificultades.”

“El ministerio de instruccion pública y de cultos, confiado á la misma mano, fué para el gobierno una manifestacion de sus deseos y para el pais un presentimiento de la nueva situacion que la república queria y debia tomar en la doble necesidad de una leccion nacional y de una independencia mas verdadera y efectiva de los cultos iguales y libres ante la conciencia y ante la ley.

“El ministerio de agricultura y comercio, extraño por su naturaleza á la política, no pudo hacer mas que preparar con celo y deslindar con sagacidad las nuevas instituciones llamadas á fecundizar la primera de las artes útiles. Estendió la mano del estado sobre los intereses abandonados del comercio, que solo vosotros podeis levantar por medio de la seguridad y de la confianza.

“Estos han sido nuestros diferentes é incasantes desvelos, y gracias á la Providencia, que nunca ha manifestado con mas evidencia su intervencion en la causa de los pueblos y del espíritu humano; gracias al pueblo, que jamas ha puesto mas en relieve los tesoros de razon, de civismo, de generosidad, de paciencia, de moralidad y de verdadera civilizacion, que cincuenta años de libertad imperfecta, han elaborado en su alma, hemos podido cumplir, imperfectamente sin duda, aunque no sin fortuna, una parte de la inmensa tarea que en medio de peligros hemos aceptado en servicio de nuestro pais.

“Nosotros hemos fundado la república, ese gobierno declarado imposible en Francia, á no aceptarse con él las condiciones de una guerra

extranera, la guerra civil, la anarquía, los encarcelamientos y el cadalso. Hemos demostrado que la república es felizmente compatible con la paz europea, con la seguridad interior, con el orden voluntario, con la libertad individual, con la dulzura y serenidad de costumbres de una nacion, para la cual el odio es un suplicio y la armonía un instinto nacional.

“Hemos promulgado los grandes principios de igualdad, de fraternidad y de unidad, que deben realizar la del pueblo, por la de la representacion, desarrollándose de dia en dia en nuestras leyes, hechas por todos y para todos.

“Hemos universalizado el derecho de ciudadanía universalizando el derecho de eleccion: el sufragio universal es la contestacion que hemos obtenido.

“Hemos armado á todo el pueblo en la guardia nacional, y todo el pueblo nos ha respondido dedicando las armas que le hemos confiado á la defensa unánime de la patria, del orden y de las leyes.

“Hemos pasado el interregno sin otra fuerza ejecutiva que la autoridad moral, enteramente desarmada, cuyo derecho queria reconocer la nacion en nosotros, y este pueblo ha consentido en dejarse gobernar por la palabra, por nuestros consejos, por sus propias y generosas inspiraciones.

“Hemos atravesado mas de dos meses de crisis, de cesacion de trabajo, de miseria, de elementos de agitacion política, de angustias sociales, de pasiones acumuladas en innumerables masas dentro de una capital de millon y medio de habitantes, sin que se hayan violado las pro-

piudades, sin que se haya visto amenazada una vida, sin que una represion, una proscripcion, un encarcelamiento político, una gota de sangre derramada en nombre nuestro hayan contristado al gobierno en París. Podemos descender de esta dictadura á la plaza pública, y mezclarnos con el pueblo, sin que nadie pueda decirnos: ¿qué habeis hecho de un ciudadano?

“Antes de llamar á París la asamblea nacional, hemos asegurado completamente su tranquilidad é independencia, armando y organizando la guardia nacional, y dándoos por custodia un pueblo entero. No hay faccion posible ya en una república en que no existe division entre los ciudadanos políticos y los no políticos, entre los ciudadanos armados y los desarmados. Todos tienen el mismo derecho, y están defendidos y auxiliados por el mismo ejército. En un estado como este, la insurreccion no es el derecho estremo de resistencia á la opresion; al contrario, seria un crimen, porque el que se separa del pueblo no pertenece ya á él. Hé aquí la unanimidad que hemos constituido; perpetuadla, y en ella encontrareis la salvacion general.

“Ciudadanos representantes: nuestra obra ha concluido y la vuestra empieza. La presentacion de un plan de gobierno ó de un proyecto de constitucion hubiera sido de parte nuestra una prolongacion temeraria de poder ó de una duda acerca de vuestra soberania. Nosotros desaparecemos desde el momento en que vosotros os levantaiis para recibir la república de las manos del pueblo, y solo nos atreveremos á daros un consejo y espresar un voto como ciudadanos y

no como miembros del gobierno provisional. La Francia, ciudadanos, emite este voto con nosotros, porque es el grito de las circunstancias. No perdaís tiempo, pues este es el elemento principal de las crisis humanas: despues de haber absorbido la soberania, no dejeis que un nuevo interregno haga languidecer los resortes del pais: fórmese una comision de vuestro seno, que no permita al poder andar flotando un solo instante, precario y provisional, en un pais que tiene necesidad de afianzamiento y de seguridad: otra comision de constitucion, emanada de vuestros sufragios, debe aprontar sin demora á vuestras deliberaciones y á vuestros votos el mecanismo sencillo, breve y democrático de la constitucion, cuyas leyes orgánicas y secundarias discutireis en seguida con detenimiento.

“Entre tanto, os entregamos nuestros poderes como miembros del gobierno.

“Tambien sometemos con confianza á vuestro juicio nuestros actos, rogándoos únicamente que os remonteis al tiempo en que han tenido lugar, haciéndoos cargo de las dificultades que nos han rodeado: nuestra conciencia de nada nos acusa en cuanto á la intencion, y la Providencia ha favorecido nuestros esfuerzos. Perdonad, pues, nuestra involuntaria dictadura: solo pedimos entrar de nuevo en las filas de los buenos ciudadanos.

“Ojalá que la historia inscriba con indulgencia, debajo y á larga distancia de los grandes hechos de la Francia, la relacion de estos tres meses pasados en el vacio, entre una monarquía derribada y una república por constituir. Ojalá que, en vez de los nombres oscuros y olvidados

de los hombres que se han adherido á la salvacion comun, escriba en sus páginas dos nombres únicamente: el nombre del pueblo, que todo lo ha salvado, y el de Dios, que ha bendecido la fundacion de la república.”

VII.

Estas últimas palabras escitaron unánimes aplausos de los representantes y de las tribunas.

Lamartine, de vuelta á su asiento, se vió precisado á levantarse tres veces para inclinarse ante la asamblea, y corresponder de este modo á los saludos con que la representacion nacional le honraba. Todo indicaba que la popularidad, que se habia adherido en Paris á su nombre y caracterizado por dos millones y trescientos mil votos en los departamentos, le seguiria rodeando en la asamblea nacional, si voluntariamente no renunciaba á ella.

Cada ministro leyó sucesivamente desde la tribuna el informe especial de los actos de su dependencia, y todos recibieron la sancion de los aplausos de la asamblea. Lamartine desarrolló mas que sus colegas el cuadro de la situacion de la nueva república respecto á la Europa. La Francia esperaba con impaciencia este cuadro, como habia esperado el manifiesto á las naciones, pues conocia que su suerte interior dependia de su actitud exterior, y por lo mismo deseaba ardientemente hacerse cargo de ésta para conjeturar su porvenir. Hé aquí el discurso del ministro: era su manifiesto en accion, llevado á cabo por tres meses de pruebas.

“Ciudadanos, dijo: en la historia hay dos clases de revoluciones; las de territorio y las de las ideas: las primeras se reasumen en conquistas ó en trastornos de nacionalidades y de imperios; las segundas en instituciones. La guerra es indispensable para aquellas; para estas es precisa la paz, como madre de las instituciones, del trabajo y de la libertad: á veces, no obstante, los cambios de institucion que un pueblo opera llegan á ser, aunque no salgan de sus límites, motivos ú ocasiones de inquietud y de agresion contra él de parte de otros pueblos y de otros gobiernos, ó se convierten en crisis de trastornos y de irritacion entre las naciones vecinas. Una ley de la naturaleza prescribe que las verdades sean contagiosas, y que las ideas tiendan á nivelarse como el agua. En este último caso, las revoluciones participan, por decirlo así, de dos naturalezas de movimientos que ya hemos señalado; son pacíficas como las revoluciones de ideas, y pueden verse precisadas á recurrir á las armas, como las revoluciones de territorio: su actitud exterior debe corresponder á estas dos necesidades de su situacion: se muestran inofensivas, pero están alerta, y su política puede caracterizarse en dos palabras: una diplomacia armada.

“Estas consideraciones, ciudadanos, han determinado desde la primera hora de la república los actos y las palabras del gobierno provisional en el conjunto y en el pormenor de la direccion de nuestros negocios exteriores. Ha querido y ha declarado que queria tres cosas: la república en Francia, el progreso natural del principio liberal y democrático, confesado, reco-